

Nº5 Primer
Semestre 2013

ISSN 0719-0182

AMÉRICA
PATRIMONIO CULTURAL
AMÉRICA

PAISAJE DE ENTORNOS





[3]

PAISAJE DE ENTORNOS

***LA IDENTIDAD LOCAL EXPRESADA, A TRAVÉS
DE CREACIONES ARTESANALES PROPIAS, EN
DOS PAISAJES CAMPESINOS: LAS AZUDAS
DE MURCIA, EN ESPAÑA Y LAS AZUDAS DE
LARMAHUE, EN CHILE.***

Dr. Antonio Sahady Villanueva
Geógrafo José Bravo Sánchez
Geógrafa Carolina Quilodrán Rubio

Chile

Resúmen

Desde tiempos muy remotos, las ruedas de agua –o azudas- han sido objeto de ingeniosas creaciones humanas. Como artefactos, constituyen un ejemplo claro de la materialidad de este tipo de expresión de la Cultura del Agua, en el entendido que se establece una relación entre el agua y su correspondiente paisaje rural. No debe sorprender que tanto las comunidades de regantes como los turistas que visitan los lugares en que se localizan las azudas hayan descubierto los valores paisajísticos y patrimoniales de estos objetos. Un grupo de ruedas de agua situadas en el poblado de Larmahue, en el corazón campesino de la Sexta Región, ha conseguido, en efecto, la nominación de Monumento Histórico por parte del Consejo de Monumentos Nacionales. Más allá de sus atributos físicos –la destreza artesanal en su expresión máxima- las ruedas de agua son depositarias de una carga inmaterial de hondo alcance: son representan un paisaje cultural propio y se identifican con la forma de vida de una comunidad y la manifestación más acendrada de una localidad que se sigue sosteniendo económicamente en la agricultura. Téngase en cuenta que, en tierras de secano, con diferencias de altura difíciles de superar, el regadío sólo sería posible mediante sistemas mecánicos. Pero en Larmahue se ha optado por la energía natural: allí, la escorrentía del Canal Almahue es la que permite el giro de las azudas y, con ello, la captura, conducción y distribución de las aguas hasta los plantíos más altos y distantes. Su importancia y gravitación trasciende el escenario local: las azudas ya se han incorporado al paisaje local y también a la heráldica municipal, a las artes plásticas a y la literatura comunal.

Palabras clave: *Azudas, Ruedas de Agua, Sistema de Riego Tradicional Campesino, Patrimonio Cultural & Paisaje Cultural.*

Abstract

Since times long gone, waterwheels – or to give them their Chilean name “azudas” – have been objects of ingenious human creation. As artifacts, they provide a clear example of the nature of this type “water culture” on display through the understanding that they establish a relation between water and its corresponding rural passage. It should be no surprise then that both the irrigation community and the tourists that visit the zones in which the waterwheels are located have discovered the value of these objects with regard to heritage and the landscape itself. A group of waterwheels situated in the village of Larmahue, in the heart of the sixth region’s countryside has obtained a nomination of Historic Monument from the Council of National Monuments. Beyond the physical attributes – the height of traditional handicraft – the waterwheels are depositors of an immaterial load of little depth: they are a representation of their own cultural landscape that one identifies with life as part of a community, and the most unblemished manifestation of a location that continues to sustain itself economically in agriculture. Bear in mind that, on dry land, with varying altitudes to overcome, irrigation would only be possible via a mechanical system. However, in Larmahue they have opted for natural energy. There, it is the torrent of the Almahue Canal that allows the turn of the waterwheels and with them the capture, conduction, and distribution of the water to the even the highest, most distant plots. Their importance and appeal transcend the local scenery: The waterwheels have become part of the local landscape and the municipal heraldry, as well as the local arts and literary communities.

Keywords: *Azudas, Water-wheels, Traditional Irrigation’s System Country, Cultural Heritage & Cultural landscape.*

INTRODUCCIÓN

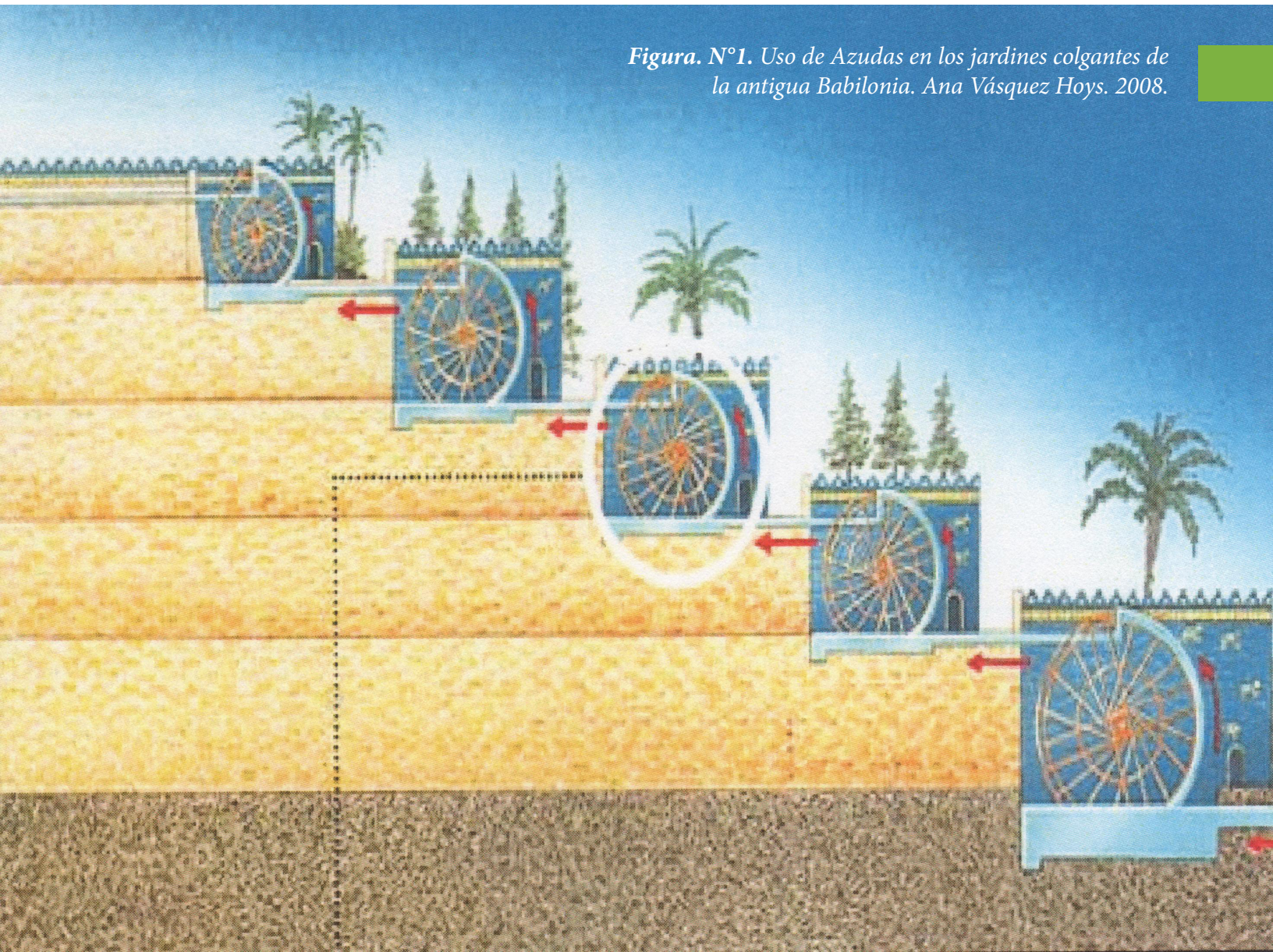
El agua permite satisfacer las necesidades primarias de la subsistencia y es el soporte de toda forma de actividades económicas, recreativas y paisajísticas. Desde los más remotos tiempos, el hombre ha intentado domesticar sus caudales y, cuando ha hecho falta, ha extraído el agua desde las profundidades de la tierra.

Pero también el recurso hídrico es aprovechado como motivo central de un paisaje, habida cuenta del atractivo que suscita su movimiento cuando se trata de la escorrentía de un río; o de la serenidad que transmite en tanto se presenta como un embalse natural o artificial. Los paisajes del agua han ido ganando un lugar de privilegio en el mapa de intereses de quienes buscan en la naturaleza la más prístina y sublime expresión de la belleza.

El paisaje del agua se define, en cualquier caso, como el producto resultante y perceptible de la combinación dinámica de elementos naturales y otros tantos elementos antrópicos –originados por la acción humana–, cuya armónica combinación convierte el conjunto en un entramado social y cultural en continua evolución (Ribas, 2006). En este sentido, las azudas han permitido relacionar a la comunidad local con el recurso hídrico. Se funden, en el mismo escenario, los atributos ecológicos, económicos, culturales y simbólicos, con una finalidad común, cual es la de propiciar el uso del agua para el riego tradicional.

Como sistema de riego, se desconoce el origen histórico de las azudas. Uno de los primeros registros lo ofrece Herodoto (S. V a.C.) a través de sus crónicas; en ellas explica que las ruedas, movidas por la corriente de las aguas del río Éufrates, regaban los jardines de Babilonia

Figura. N°1. Uso de Azudas en los jardines colgantes de la antigua Babilonia. Ana Vásquez Hoys. 2008.



(Figura. N°1). Más adelante, durante la época helénica, sobre todo en Siria y Egipto, el diseño de estas ruedas se fue depurando. Paralelamente se perfeccionaba su funcionamiento. No es extraño que su uso se fuera extendiendo: las ruedas aprovechaban la energía proporcionada por la corriente del Nilo, extrayendo sus aguas y distribuyéndolas en los cultivos próximos.

Con los romanos se generalizó el uso de las ruedas en gran parte de los territorios de su vasto imperio. Dentro de los estudios romanos destacan Los Diez Libros de Arquitectura, de Vitruvio, en el cual las norias, movidas por la corriente, ya aparecen clasificadas en dos tipos: la de cangilones y la de tímpanos.

Posteriormente, los países islámicos también fueron testigos de la importancia de las azudas como sistema de captación de agua; la influencia de estos artilugios en la agricultura árabe ha sido notable. Unos muy enjundiosos estudios refieren la presencia de las ruedas de agua durante la antigüedad: los del historiador Al-Baladuri, en el siglo VII, por ejemplo; o los de Al-Muqaddasi, en el siglo X; también es ilustrativo el tratado de Geografía, de Yuqut, en el siglo XII. Los tratadistas de mecánica árabe describen varios tipos de ruedas hidráulicas; entre ellas, las ruedas de corriente hídrica de las zonas de Iraq y Siria. (Figuras. N°1 y N° 2). No cabe duda alguna de que la llegada de los árabes al territorio español estimuló el uso de las ruedas hidráulicas en la península. Se multiplicaron estas construcciones artesanales que, movidas por la corriente, conseguían elevar una porción de agua hasta cierta altura. Resulta indisimulable la influencia árabe si se examina la toponimia referida a la cultura hídrica. Muchos pueblos cuentan con norias que casi siempre se describen en los textos con un vocabulario que remite, inevitablemente, al periodo musulmán que media entre los siglos XII y XVI. Dentro de España, el área de mayor influencia de las azudas y norias corresponde a las regiones de Murcia, Andalucía y el valle del Ebro. Pero tampoco estuvieron ausentes en regiones como Castilla y León.

LAS AZUDAS Y EL PAISAJE CULTURAL DE LA HUERTA DE MURCIA

Desde que las ruedas de corriente (o azudas), fueron acogidas en España han transcurrido ya varios siglos.



Figura. N°2. Pintura de la ciudad de Hama que muestra el uso de una Azuda frente al palacio de Asem, en 1744. Adriana de Miranda.2007.



Figura. N°3. Azuda en el rio Orontes en tiempos actuales en la ciudad de Hama, Siria. Adriana de Miranda. 2007.

El sur de la península es pródigo en ruedas. En la región de Murcia, por ejemplo, donde el islamismo dejó su indeleble marca, este sistema hidráulico se ha conservado hasta la actualidad con algunos valiosos exponentes. Sobrevive, en los vastos territorios murcianos, un gran número de ruedas de corriente que hablan del esplendor del dominio moro en esas tierras. No en vano acuden hasta allí turistas y estudiosos del patrimonio hídrico. De allí el interés por restaurarlas con fines prácticos, entendiendo que se trata de un patrimonio vivo. (Figuras. N°4 y N°5).



Figura. N°4. Rueda de agua con cucharas, creada por el inventor islámico Al Jazarí al sultán. Julio Caro Baroja. 1954.



Figura. N°5. Sello Concejil de la ciudad amurallada de Murcia, en el cual aparece la azuda que irrigaba a esta ciudad. Caro Baroja. 1954.

Siendo la agricultura el principal nutriente de la economía murciana, se explica la multiplicación de azudas en los lechos fluviales de la región. La fertilidad de sus suelos, el clima semiárido -18 grados centígrados de temperatura promedio- y el favorable emplazamiento geográfico con relación al Mar Mediterráneo, estimulan el desarrollo de una agricultura local que es reconocida por la calidad de los productos hortícolas y por la

abundancia de frutas. Históricamente, los primeros en aprovechar el curso del río Segura con fines agrarios fueron los romanos. Más adelante, entre los siglos VIII y IX, los musulmanes fabricaron eficaces obras hidráulicas traducidas en acequias, acueductos, presas y azudas que contribuyeron a la fertilidad de la huerta murciana.

El uso de las azudas significó, efectivamente, un gran paso en el desarrollo de los pueblos árabes en la árida región de Murcia, en tanto permitió el transporte del recurso hídrico desde ríos y esteros a campos de cultivo y huertas. De ese modo, se logró combatir una permanente amenaza a los oasis que surcan las tierras murcianas: el avance del desierto. (**Figura. N°6**).



Figura. N°6. Aplicación del sistema de riego a cargo de una azuda, en cultivos y frutales en la huerta de Murcia. www.laverdad.es. 2010.

Conforme sea su emplazamiento, las ruedas fluviales españolas se pueden clasificar en tres tipos: aquellas que están situadas en cauces naturales; las que marginan las acequias principales son acequias madres; y, por último, aquellas que se han instalado en acequias secundarias. En este aspecto, vale la pena destacar a las norias de Alcantarilla y la Ñora (CARO BAROJA, 1954:92). (**Figura. N°7**).

Mediante este sistema de riego, cuyos antecedentes se remontan al siglo XIII, la ciudad de Murcia ha mantenido buena parte de sus huertos y viñas. Tan determinante ha sido el uso de las norias que éstas



Figura. N°7. Rueda de La Ñora, en Murcia. IHP. 2012.

no pasaron inadvertidas para el poeta musulmán Al Saqundî, quien consideraba su chirrido de como un verdadero arte musical. Lo manifiesta en el “Elogio del Islam Español” (CARO BAROJA, 1954:93). Por lo demás, ya en el sello del concejil de la ciudad, creado en el siglo XIV, las norias estaban presentes.

En las acequias de la Caravija, de Molina y Alguzas -localidad de Archena, Murcia- existía una gran cantidad de norias, todas ellas abandonadas hoy en día. Una noria singular es la de los Chirrinches, que funcionó hasta 1992. Se asocia a un documento elaborado en 1910, en el cual se precisan los estatutos de la Sociedad de La Rueda de los Chirrinches, amén de las técnicas empleadas en su reparación y, adicionalmente, se consignan sus cuotas de regadío. (*Figura. N°8*).

Próximas a la Rueda de los Chirrinches se emplazan las norias del Matar y Matías Martínez, de características y tamaño similares entre sí, con una estructura circular de hierro, de 7 a 8 metros de diámetro, con paletas y cangilones de madera. Como una torma de protegerse del viento –capaz de desplazar el agua de regadío fuera del canal de desagüe-, esta rueda es sostenida por sólidas paredes (PÉREZ SÁNCHEZ, 2009: 85).

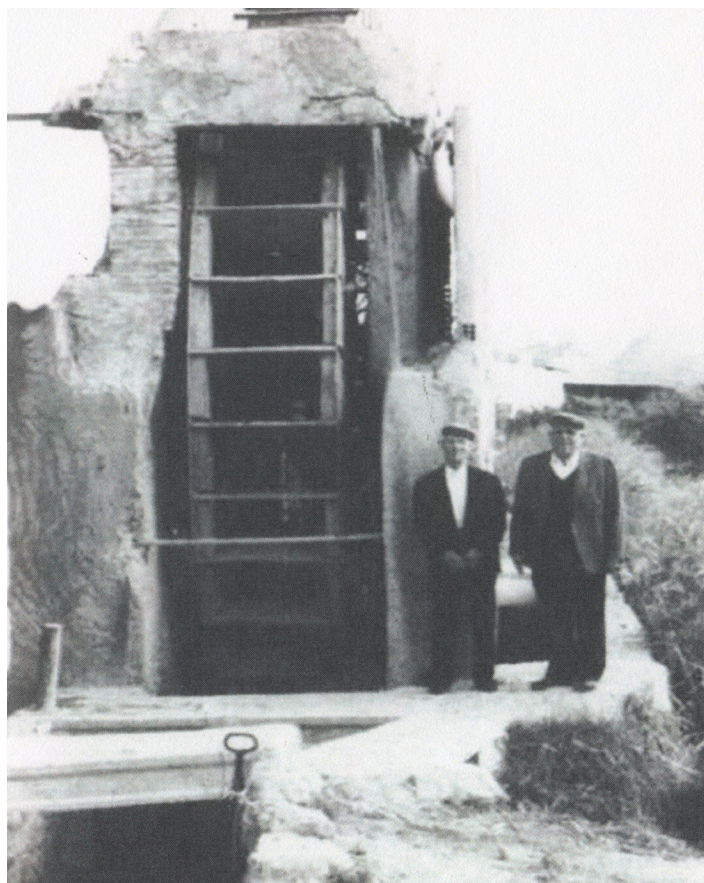


Figura. N°8. Rueda de Chirrinches junto a dos campesinos. Caro Baroja. 1954.



Figura. N°9. Noria de Don García en la localidad de Abarán, Murcia. IHR 2012.



Figura. N°10. Noria Grande de Abarán. IHP. 2012.

Un interesante paisaje del agua está constituido por las ruedas de La Algaida, en otra localidad murciana. Se trata de las norias de Acebuche, de la Cierva y de la Vicenta, que dependen de la Acequia de Caravija. Fueron concebidas con una estructura de hierro, valiéndose de paletas y cangilones de madera. Con un diámetro aproximado de 12 metros, la noria de Acebuche es la más grande de Murcia (CASAS GÓMEZ, 2007: 208).

En medio del paisaje fluvial del pueblo de Los Torraos, en Murcia, se impone la imagen de la Noria del Boticario, cuyo diámetro es de unos 10 metros. Su estructura, totalmente metálica, fue rehabilitada y puesta a funcionar en 2001. Su condición de rareza está dada por las palas curvas que extraen el agua de la Acequia Mayor de la Caravija (CASAS GÓMEZ, 2007: 208).

En Abarán -también en Murcia-, existen, en la actualidad, cuatro norias: la de Hoya de Don García, la Noria Grande, La Ñorica y la Candelón. Las dos primeras, construidas a comienzos del siglo XIX, de madera y fierro dulce, con un diámetro de 8 y 11 metros respectivamente, logran regar unas cuantas atahuillas³³ a partir de la acequia principal de Blanca hasta el área

de cítricos, frutales de huesos y hortalizas. (Figura N° XX) Ambas fueron reconstruidas en 1951, lo que les permitido seguir funcionando hasta hoy. Las otras dos, más pequeñas -sus diámetros no sobrepasan los 5 y 6 metros, respectivamente-, ejercen sus funciones desde 1850 en las inmediaciones del margen derecho del río Segura, donde extraen agua de la acequia de la Charrara. Aun cuando fueron de madera en sus comienzos, en la actualidad cuentan con una estructura de hierro (MUÑECO, 2010: 4). En total, estas cuatro ruedas riegan una superficie de 411 atahuillas, que es equivalente a casi 46 hectáreas de riego. (Figuras. N°9 y N° 10).

Aunque son muchas las localidades murcianas que sobresalen por sus ruedas de agua, Lorquí es una de las insoslayables (CASAS GÓMEZ, 2007: 209). Su más notable exponente es la Noria del Rapao, que fue construida en hierro, en el siglo XVIII (el motor que aún funciona sigue siendo el original). Por su valor patrimonial e histórico, esta noria ha sido declarada Monumento Histórico Artístico Nacional.

Aun cuando las manifestaciones contemporáneas de la cultura se han ido abriendo paso en los poblados murcianos, no es menos cierto que la tradición ha instalado sus propios bastiones. Las expresiones del pasado se encuentran y fusionan con las iniciativas actuales en las que el ingrediente económico es fundamental. Así, los circuitos turísticos, la red de museos, la numismática, la filatelia, las artesanías en sus diversas manifestaciones, o el folclor, tienen perfecta cabida en este nuevo mundo en que el visitante se convierte en actor protagónico. (Figura. N°11).



Figura. N°11. Las norias murcianas expresadas en diversos elementos de identidad cultural como moneda y estampilla. IHP. 2012.

En la multiplicidad de dimensiones que representa el patrimonio hidráulico, cabe señalar que las ruedas de agua o de corrientes, amén de formar parte de la economía agraria española, han sido, también, una rica fuente de inspiración para la poesía y el arte. Efectivamente, mientras España estuvo bajo el dominio musulmán, las ruedas formaron parte del telón de fondo de unas cuantas obras concebidas en las tierras de la península ibérica.

Hay pintores que incorporan estos artilugios a los paisajes ribereños. Domenico Theotocopuli (El Greco), por ejemplo, representa sendas ruedas en las obras “San Martín y el Mendigo” y “San José con el Niño Jesús”. (Figura. N°12).

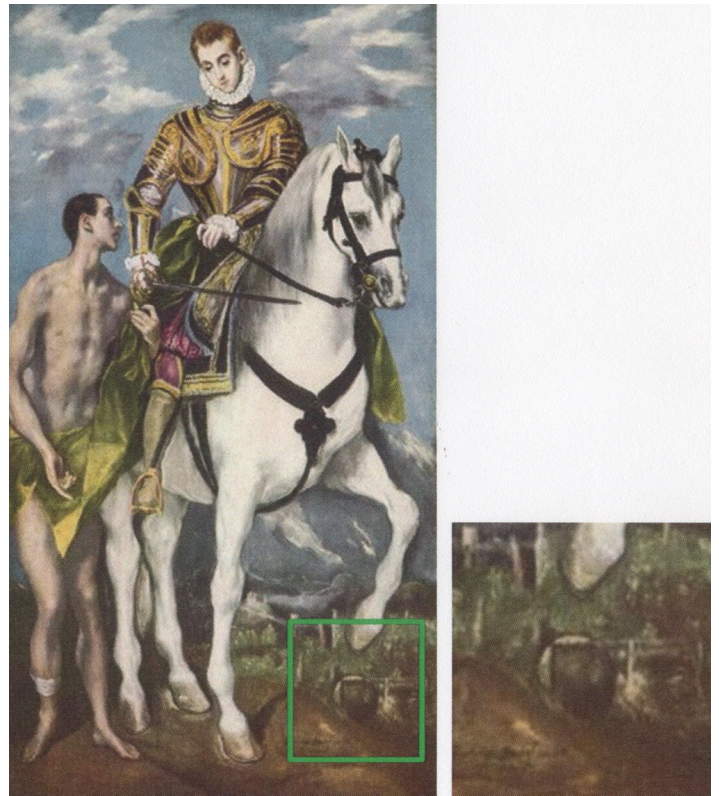


Figura. N°12. Oleo de San Martín y el mendigo de El Greco, en el cual bajo la pierna del caballo se aprecia un azuda como elemento de identidad territorial de la ciudad de Toledo. Museo National Gallery. 2010.

En la literatura española clásica, uno de los primeros escritores que hace manifiesta la presencia de las ruedas en los bucólicos paisajes fue Garcilaso de la Vega, en la obra Égloga III. Miguel de Cervantes, por su parte, alude por lo menos dos veces a las azudas de la Huerta del Rey en la obra “La Ilustre Fregona”; no sin algún asomo de ironía, Luis de Góngora y Argote se refiere, en alguno de sus versos, a un par de “azudillas” en las márgenes del río Tajo. En la obra literaria de Lope de Vega aparecen las azudas, también, en el mismo río Tajo.

33 La atahúlla es una medida agraria usada principalmente para las tierras de regadío, equivalente a 1.1118 metros cuadrados.

Aun cuando las nuevas técnicas de riego ofrecen ciertas ventajas funcionales, no se debe desconocer que son las creaciones artesanales las que derrochan ingenio y calidad estética. Y son ellas las que pueden ser parte de los genuinos paisajes del agua. Las autoridades murcianas así lo han comprendido y por eso destinan importantes fondos a su conservación: existen ruedas vernáculas de alta singularidad que se reparan cuidadosamente, de modo que sigan girando a la velocidad que impone la escorrentía del correspondiente curso de agua.

La conservación y manutención de las ruedas de agua –amén de su correspondiente paisaje cultural– están bajo el amparo legal de diversas normas y reglamentos, como la Ley 16/1985 de Patrimonio Histórico Español, la Ley de Ordenación y Protección del Territorio de la Región de Murcia y los planes de Desarrollo Territorial y los Consorcios Turísticos. Adicionalmente, existen instituciones preocupadas del patrimonio hidráulico, como el Ayuntamiento de Murcia, las municipalidades y el Consejo de Hombres Buenos. Esta última institución, encargada de resolver problemas de regadío en la huerta local, es un tribunal consuetudinario, cuyas normas y potestad están basadas, precisamente, en la tradición y la costumbre. (Figura. N°13).



Figura. N°13. Logotipo del Tribunal de las Aguas y Consejo de Hombres Buenos, en el cual la comunidad de Murcia es representada por una azuda. IHP. 2012.

Las Azudas y su impronta en el paisaje campesino de Larmahue

A 10.825 kilómetros de distancia de la Región de Murcia se emplaza, en el valle central de Chile, la comuna de Pichidegua. Dentro de esta comuna, en el sector suroriente, está la localidad de Larmahue, que se caracteriza por un patrón espacial, lineal y sinuoso, en consonancia con la profusa canalización de la zona.

Habitantes y ruedas han coexistido en el territorio por casi 100 años. En los comienzos, el hombre se limitaba a agradecer los favores que el artefacto le concedía en términos funcionales: elevar el agua desde el canal Almahue -se encuentra en una cota más baja que los campos cultivados- para permitir el riego de hortalizas y árboles. Más adelante cayó en la cuenta, sin embargo, de que ese artefacto reunía atributos adicionales: su vocación de mimesis con paisaje y una lógica constructiva que le concedía calidad estética.

(Figura. N°14).



Figura. N°14. Paisaje cultural y campesino de Larmahue, donde las azudas de sus habitantes han dado la singularidad y el valor como identidad territorial a la comuna de Pichidegua. IHP. 2012.

El sistema de regadío natural que propician las azudas permite hacer fértiles las tierras de secano predominantes en el área y consolidan un singular paisaje cultural y campesino en la Zona Central de Chile. Se explica, entonces, que las azudas estén presentes en la heráldica municipal y que hayan tenido dos importantes distinciones: Monumento Histórico, en 1998 y el Sello Bicentenario, en 2010. Cabe hacer presente, sin embargo, que el escaso cuidado que se ha puesto en su conservación ha derivado en otra prestigiosa nominación: Monumento en Peligro de Extinción (2002).

A diferencia de sus homólogas españolas, tanto en la génesis como en su diseño estructural y la factura constructiva, las ruedas larmahuinas son producto, en gran medida, de una adaptación que el artesano local Celso Zamorano hizo del diseño de las ruedas de agua de Río Amarillo, en China. La dificultad de construir piezas curvas indujo a Zamorano a trazar el perímetro con segmentos rectos de corta dimensión, conformando un polígono de madera, en el cual se fijan las paletas. Y a estas paletas los recipientes (cangilones o capachos) que capturan el agua y la elevan hasta el ducto que la conduce hasta las cotas más altas.

Algunas ruedas cuentan con una doble secuencia de paletas y, consiguientemente, con el doble de capachos para captar el agua del canal. Las azudas larmahuinas, conforme sea su tamaño, pueden regar un promedio de 1 a 5 hectáreas de cultivo.

Dentro de su marco territorial, las ruedas de Larmahue desbordan el concepto tradicional de “paisaje”, que se define como la “extensión de terreno que se ve desde un sitio o como extensión de terreno considerada en su aspecto artístico” (RAE, 1992: 1501). Bien podrían asimilarse a la idea de “paisaje cultural”, un oxímoron que cada vez con más asiduidad visita los textos de arquitectura, urbanismo y geografía. Las azudas se han convertido en una extensión del paisaje campesino, la afortunada fusión de la naturaleza con construcciones netamente artesanales. Son, sin duda, una forma de expresión de la cultura hídrica del río Cachapoal y, finalmente, una genuina creación humana para hacer frente a las adversidades del medio. El reconocimiento de las azudas de Larmahue –incluso forman parte de

la simbología identitaria del municipio- es, sin duda, plenamente justificado en cuanto satisfacen tales condiciones. (*Figura. N°15*).



Figura. N°15. Heráldica municipal y artesanía local, como ejemplo del patrimonio intangible de las azudas en la comuna de Pichidegua. IHP. 2012.

La tecnología aplicada a la naturaleza –sustentable e inofensiva, en este caso- prueba que el hombre es capaz de ejercer control sobre ella sin necesidad de agredirla (GONZÁLEZ, 1981: 18). Si bien aumenta el grado de artificialización del paisaje, lo hace bajo una condición conciliadora, de proficua convivencia (GASTÓ, 2006: 29). Las agrestes tierras de rulo y de secano son dominadas y transformadas en productivos huertos y en extensos campos de cultivo.

Amén de su importancia vital, el paisaje irradia un poder escénico que hace evidentes los generosos atributos de la geografía, exponiendo sus cualidades físicas y estéticas, sí como la heterogeneidad y singularidad de sus elementos constitutivos (GASTÓ, 2006: 32).

Las azudas, la corriente de agua que las moviliza, los campos de cultivo, los elementos propios de la morfología agraria y la sobria arquitectura tradicional circundante son, en su conjunto, los poderosos descriptores que cualifican y otorgan un sello de inequívoca identidad al paisaje pichideguano. (*Figura. N°16*).

Aun así, las azudas de la comuna acusan diferencias entre ellas, que se explican por el uso que se les da y porque responden a distintas condiciones de la geografía. El paisaje local, definido por el principal cordón montañoso que cruza el territorio, termina por dividir a la comuna de Pichidegua en tres sectores, fenómeno que se ha acentuado con el correr del tiempo:



Figura. N°17. Paisaje tradicional campesino de las azudas del sector de Lo Argentina. IHP. 2012.



Figura. N°16. Azuda con capachos de madera con el diseño tradicional de las primeras ruedas de agua de Larmahue. IHP. 2012.

- El sector que corresponde a los pequeños propietarios de terreno de secano en Larmahue, compuesto por las localidades de Lo Argentina, Vice Parroquia y Portezuelo.
- El sector de riego del antiguo Fundo Almahue, estructurado por las localidades de San Roberto, Salto de Almahue y El Asta.
- El sector urbano, que comprende las localidades de Pichidegua y La Torina.

En el primer sector de secano de Larmahue, a lo largo del camino de Pichidegua a San Vicente de Tagua-Tagua, se alternan las tradicionales casas de inquilinos con las casas de subsidio rural.

La situación en el sector de Lo Argentina y Vice Parroquia es muy distinta: predominan las casas de adobe con corredores exteriores; en medio de ellas, algunas de albañilería reforzada. Abundan las pequeñas chacras, huertos y viveros de subsistencia familiar (**Figura. N°17**).

Tras la declaratoria de las azudas se han incorporado algunas áreas verdes, hoy día miradores escénicos para que el visitante pueda disfrutar del marco natural y el funcionamiento de las ruedas. En las cercanías se han instalado quioscos de venta de artesanías y un apropiado mobiliario para acoger a los visitantes (asientos de concreto, tarimas de madera, letreros de troncos, señalética con materiales propios del lugar). Sauces y jardines de flores son un colorido complemento.

En el segundo sector se encuentra el antiguo Fundo Almahue, que está conformado por las localidades del fundo San Roberto, Salto de Almahue y El Asta. Hasta el paisaje agrícola del Fundo San Roberto los vientos de la industrialización ya han llegado. Es, a todas luces, un paisaje más antropizado, donde la máquina hecha por el hombre –una gigantesca rueda de agua- se convierte en el centro vital del lugar. Se trata de una rueda elaborada en madera, con una poderosa estructura metálica en su eje y abundancia de herrajes en las uniones. Con ella se riegan 30 hectáreas de viñedos. La totalidad de esta producción está destinada a un mercado exterior. El que sea parte de la antigua casa patronal del fundo Casas Viejas explica que los residentes de Larmahue consideren que esta azuda es “la de los ricos”. El conjunto arquitectónico se completa en las construcciones asociadas a las viñas y parronales que se extienden a través de las faldas de los cerros: bodegas y oficinas de arquitectura de reciente ejecución. (**Figura. N°18**).



Figura. N°18. Azuda del Fundo de San Roberto, que es la más antigua y la más grande en la comuna de Pichidegua. IHP. 2012.



Figura. N°19. Azudas del Salto de Almahue, cuya función es ser más ornamentales que de riego. IHP. 2012.

Por su parte, las ruedas del Salto de Almahue tienen un sentido ornamental antes que de riego, toda vez que están emplazadas en un paisaje algo más antropizado. No ha perdido, sin embargo, los atributos que caracterizaron el antiguo Latifundio de Santa Amelia. (Figura. N°19). Una suave loma sirve de soporte a la rueda de El Asta. El paisaje se completa con el pequeño canal que pone en movimiento la rueda y permite el riego de un minifundio de frutales y viñedos que se extienden hasta trepar los cerros del entorno.

Dos realidades distintas se aprecian en el sector urbano de las localidades de Pichidegua y La Torina: ninguna rueda se asocia al canal que cruza el pueblo de

Pichidegua; en cambio, sí hay registros de la existencia de alguna en las proximidades del cementerio. Finalmente, en el área urbanizada de La Torina, existe una rueda de agua que riega el pequeño jardín de una vivienda cuyo patrón se aleja del tradicional de la zona. Cabe agregar que este paisaje del agua tan vigorosamente identificado con las azudas en Larmahue, tienen su manifestación en las artes: una escultura de Francisco Gazitúa, en las afueras del Museo Interactivo Mirador evoca una de las ruedas de agua de la Sexta Región. En otro ámbito de las artes, se han creado certámenes literarios locales que tienen como centro de inspiración las azudas. (Figura. N°20).



Figura. N°20. Escultura de Oscar Gacitúa, cuyo nombre es “Azudas de Larmahue”. El escultor se inspiró en las ruedas de agua de Pichidegua. IHP. 2012.

CONCLUSIONES

En Chile y en España, las ruedas de agua, más allá de su valor material, constituyen una expresión de cultura estrechamente ligada al paisaje campesino. Siendo un artefacto material, de sabia y bien concebida factura, sus efectos desbordan hacia la vertiente de lo intangible. Hablan de una forma de vida y de una comunidad plenamente dependiente de la actividad agrícola; y hablan, también, de un singular sistema de regadío que mantiene viva la tradición y la historia.

Las ruedas de agua son el perfecto antídoto contra la aridez de las tierras de secano de la zona de Larmahue y la diferencia de nivel entre la superficie del canal Almahue y el área cultivable cercana. Pero un antídoto, asimismo, contra la implacable expansión de la tecnología y la globalización que busca antropizar hasta el más recóndito lugar de la naturaleza.

Se sabe que las azudas son construcciones frágiles, que operan con eficiencia en la medida que sus partes se encuentran en buen estado de conservación. Como si la indiferencia humana no fuese suficiente, las catástrofes naturales se encargan de someterlas a un intenso castigo. De allí que la consigna sea, hasta donde las fuerzas y el presupuesto lo permitan, recuperar y mantener en pleno uso estos bienes que ennoblecen la comuna y apoyan la natural belleza escénica del paisaje.

En Chile y en España se advierten atributos comunes: la fuerza icónica de las azudas alcanza para construir una cierta identidad territorial, enriqueciendo la historia

local y estrechando los lazos sociales de las comunidades agrícolas comprometidas. Emergen, entonces, en plenitud, la numismática, la heráldica, la artesanía, las fiestas comunitarias y otras manifestaciones populares. En Murcia el turismo patrimonial se ha consolidado de tal manera que las ruedas de agua se han integrado con naturalidad a los circuitos especialmente preparados para los visitantes. El caso chileno hoy día es apenas un asomo de lo que puede llegar a ser una actividad en la cual la comunidad puede encontrar importantes satisfacciones, tanto económicas como sociales. Es la oportunidad para que se valoricen, en su dimensión verdadera, aquellas cualidades del paisaje que le otorgan un alto grado de identidad a un territorio situado en pleno del valle del río Cachapoal.

Por último, vale la pena destacar las diversas medidas, instituciones y leyes que han favorecido la manutención, restauración y conservación de las azudas en España y, sobre todo, en Murcia: sus habitantes han comprendido que las ruedas de agua constituyen un importante pilar para sostener la historia y las tradiciones más genuinas. Es tiempo de que se hagan, por fin, algunos ajustes a la Ley de Monumentos Nacionales en Chile, en el sentido de crear ciertos incentivos tendientes a la mantención, la conservación y la restauración de aquellos bienes materiales incluidos en la nómina que cautela el Consejo. Es tiempo de que se establezcan acciones preventivas –y curativas, cuando sea el caso–, sin necesidad de esperar la ocurrencia de nuevas catástrofes infligidas por la naturaleza o, simplemente, por la acción humana.

BIBLIOGRAFÍA

BERQUE, Augustin. En el origen del paisaje, Revista de Occidente, 189: 7 – 21, 1997.

CARO Baroja, Julio. Norias, azudas y aceñas. Madrid, España: R.D.T.P. 1954. 160 p.

CASAS Gómez, Antonio de las (2007). Las ruedas de Larmahue: pervivencia en Chile de un sistema hidráulico español. : Actas de Quinto Congreso Nacional de Historia de la Construcción: Burgos, 7-9 junio de 2007 / coord. por Miguel Arenillas Parra, Cristina Segura Graíño, Francisco Bueno Hernández, Santiago Huerta Fernández, Vol. 1, 2007, ISBN 978-84-7790-446-5 , 205-216

GASTÓ, Juan et al. De la Silva al Ager. Paisaje cultural. Revista agronomía y forestal, 28: 29 – 33, 2006.

GONZÁLEZ Bernáldez, Fernando. Ecología y Paisaje. Madrid, España. Blume. 1981. 250 p.

MIRANDA, Adriana de. Water architecture in the lands of Syria. The Water–Wheels. Roma, Italia: L’Erma di Bretschneider. 2007. 370 p.

MUÑECO Ordóñez, Fernando (2010). De paseo por las norias de Abarán, en Murcia. Extraído el 12 de Mayo de 2011 desde http://espana.suite.101.net/article.cfm/de_paseo_por_las_noias_de_abarn_en_murcia

PÉREZ Sánchez, María Cruz (2009) Norias de la Vega Media del Rio Segura. Estudio, descripción y valorización de las actuaciones. XX Jornadas de Patrimonio de la Región de Murcia. Murcia, España. 85 – 98.

RAE. Diccionario de la lengua española 21a. ed. Vol. N° 2. Madrid, España: Espasa Calpe, 1992. 2133 p.

VÁZQUEZ Hoys, Ana. 2008. Extraído el 12 de Mayo de 2011 desde <http://www.blognavazquez.com/tag/jardines-colgantes-de-babilonia/>

“Murcia y el agua. Historia de una pasión. Capítulo nº 8: ingenios hidráulicos”. La verdad [en línea]. Disponible en: http://servicios.laverdad.es/murcia_agua/fo3cp8.jpg>. [Consulta: 24 de mayo de 2012]

Autores:

Dr. Antonio Sahady Villanueva

Director del Instituto de Historia y Patrimonio. Arquitecto de la Universidad de Chile. Doctor en Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid, España. Profesor de diversas cátedras relacionadas con el patrimonio arquitectónico y urbano en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile. Miembro de ICOMOS-Chile. Ha participado, en calidad de autor, en diversos artículos de revistas científicas, capítulos de libros, libros y otros escritos. Investigador Responsable del Proyecto Fondecyt N° 1120114 “Vigencia y proyecciones de un sistema de regadío de origen ancestral: las Azudas de Larmahue, en la Sexta Región de Chile”, todavía en curso. Como ponente y expositor ha participado en diversos encuentros académicos y científicos.

*Instituto de Historia y Patrimonio. Universidad de Chile.
Email: asahady@uchilefau.cl*

Geógrafo José Bravo Sánchez

Investigador del Instituto de Historia y Patrimonio, Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile. Geógrafo de la Universidad de Chile. Diplomado en Estudios Políticos y Estratégicos (2006) y Magíster en Seguridad y Defensa de la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE) del Ministerio de Defensa (2008). Académico de la carrera de Licenciatura en Geografía, en las cátedras de Antropología Cultural y Sociología Urbano-Rural. Miembro de ICOMOS-CHILE. En el año 2006 obtiene el primer lugar en el concurso “Haz tu Tesis en Cultura” otorgado por el Ministerio de Educación y el Consejo de la Cultura y las Artes. Ha participado, como coautor, en diversos artículos de revistas científicas, capítulos de libros, libros y otros escritos. Coinvestigador del Proyecto Fondecyt N° 1120114 “Vigencia y proyecciones de un sistema de regadío de origen ancestral: las Azudas de Larmahue, en la Sexta Región de Chile”, todavía en curso. Como ponente y expositor ha participado en diversos encuentros académicos y científicos.

*Instituto de Historia y Patrimonio. Universidad de Chile.
Email: mbravo@uchilefau.cl*

Carolina Quilodrán Rubio

Investigadora del Instituto de Historia y Patrimonio de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile. Geógrafa de la Universidad de Chile. Diplomado Experto Universitario en Gestión y Conservación de Espacios Naturales. Convenio Fundación Universitaria Iberoamericana (Funiber-Chile) y Universidad de León, España. Postítulo en Geomática. Instituto de Geografía. Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha participado, como coautora, en diversos artículos de revistas científicas, capítulos de revistas y otros escritos. Coinvestigadora del Proyecto Fondecyt N° 1120114 “Vigencia y proyecciones de un sistema de regadío de origen ancestral: las Azudas de Larmahue, en la Sexta Región de Chile”, todavía en curso. Como ponente y expositora, ha participado en diversos encuentros académicos y científicos.

*Instituto de Historia y Patrimonio. Universidad de Chile.
Email: cquilodran@uchilefau.cl*